

DOSIER

10

LETRAS LIBRES
ENERO 2021

LECCIONES POLÍTICAS DE LA PANDEMIA

DANIEL GASCÓN

entrevista a

**MANUEL ARIAS
MALDONADO
y
PABLO SIMÓN**



Manuel Arias Maldonado y Pablo Simón son dos de los analistas más brillantes e influyentes del mundo de habla hispana. Arias Maldonado ha publicado *Desde las ruinas del futuro* (Taurus), un ensayo de teoría política

sobre la covid-19, sus interpretaciones y su contexto filosófico, desde la sociedad del riesgo a las relaciones sionaturales. Pablo Simón ha escrito *Corona: política en tiempos de pandemia* (Debate), que combina el análisis de las medidas y respuestas, y rastrea las deficiencias de nuestros sistemas que ha revelado el virus.

Habéis escrito dos libros sobre la pandemia mientras esta ocurre. El de Pablo es más comparatista y sigue la actualidad. El de Manuel trata de cómo intentar mirar lo que ha ocurrido.

Manuel Arias Maldonado (MAM): Una vez que la vacuna haga su efecto y la pandemia empiece a quedar atrás, parece que no quedarán muchas ganas de hablar de esto. Los vaticinios más catastrofistas han quedado desmentidos. La gran transformación de la sociedad no va a producirse. Se acelerarán unas cosas y otras parece que se pararán. Habrá un reforzamiento de los protocolos epidemiológicos y una mayor atención a la Organización Mundial de la Salud.

El teletrabajo se ha acelerado y es interesante que hemos visto también los aspectos negativos que tiene. El debate sobre el excepcionalismo no parece que vaya a ser tan grande. En el terreno anecdótico veremos cómo afecta a las costumbres sociales.

Pablo Simón (PS): Es importante tomar un poco de perspectiva. Desde luego, esta pandemia tiene un impacto relevante, pero si la comparas con otras conflagraciones del pasado, como las guerras mundiales, o con otras pandemias, como la gripe española o la peste negra, es menos decisiva. Causa dolor, causa daño y desde luego deja un balance de pérdidas humanas grandes, pero no estamos hablando de niveles de destrucción humana y de pérdida de infraestructuras comparables.

Cuando comenzó esta crisis, mucha gente se lanzó a hacer la comparativa. Por primera vez confrontamos, en nuestra memoria y sobre todo en Occidente, una pandemia de estas características. Todo el mundo quería verlo como una gran transformación.

Por otro lado, la pandemia tiene algo de punto crítico. Las decisiones que se tomen pueden tener un impacto a futuro, sobre todo desde el aparato más institucional, político y económico. El mundo va a estar mucho más endeudado. El Estado va a tener un papel más importante.

MAM: Un aspecto muy novedoso en esta crisis es la reacción de los poderes públicos ante la epidemia. En otras épocas se asumía que mucha gente iba a morir. Y no está claro ni siquiera si la cantidad de gente que muere en una epidemia es la misma si se hace algo o no se hace nada. Lo novedoso es quizá que se haya volcado un esfuerzo tan grande en tratar de salvar vidas aunque sea a costa de restringir la actividad social y económica.

En tu libro, Pablo, hablas del confinamiento casi universal como algo inédito. Por un lado tienes la medida medieval, de combate de la epidemia, y a la vez la novedad de un carácter global. Por tu parte, Manuel, recuerdas que atribuimos la enfermedad a cuestiones de la modernidad, a la globalización, destrucción de espacios naturales, pero el problema puede ser, no demasiada modernidad, sino demasiado poca.

MAM: Sí, hablo de un déficit de modernidad. Por una parte, el hecho de que hay distintas temporalidades de la modernidad en la globalización. En Asia hay déficits en materia de seguridad alimentaria. No es casualidad que la mayor parte de las epidemias provenga de ahí. Y, por otra, la cuestión del confinamiento: la poca sofisticación con que las sociedades democráticas occidentales han tratado el virus. En otros países aprendieron con el SARS. Los gobiernos han tomado decisiones muy marcadas por el tono del debate público. Suecia fue el único país que, equivocándose o no, marcó un rumbo y lo siguió.

PS: Han cambiado los estándares morales dentro de nuestras sociedades. La medida de asumir un coste social, económico y político confinando masivamente será acertada o no, pero dice algo bueno de nuestra especie que seamos menos tolerantes ante la muerte visible. También creo que hasta cierto punto sabemos ya algunas cosas sobre qué países pueden reaccionar con más o menos margen.

La diferenciación no está entre democracias o dictaduras, o al menos no en términos de rendimiento absoluto, sino que hay una serie de condiciones básicas. Una es la estatalidad: necesitamos que haya un Estado para que puedan funcionar las medidas y desde luego en el sudeste asiático lo tienen, en Occidente también. En África vemos que no se habla nada de la pandemia. Nadie sabe en América Latina.

No solo los gobiernos, sino también las instituciones, que han lidiado con pandemias en el pasado, son más reactivas y por lo tanto pueden disciplinar más fácilmente a la población.

En el sudeste asiático hay una experiencia, una reacción rapidísima y la población sabe cómo actuar. Sin embargo, en Europa hay un componente de sesgo de optimismo o visión occidental: “Esto es un problema de asiáticos, cómo nos va a tocar a nosotros, si

somos del primer mundo.” Pues ha llegado, nos ha golpeado con dureza y los gobiernos han reaccionado siempre mirando al coste en términos de aceptabilidad social de las medidas. Hasta que no se construya un clima de opinión favorable a tomar medidas drásticas no se adoptan.

MAM: Hay que contar también el aprendizaje ciudadano. La comunicación pública es muy importante, pero luego podemos contar siempre con un nivel de recepción privado. La percepción del riesgo cambia mucho. En el caso de España ha habido una comunicación bastante torpe, con una gran polifonía. Ahora parece que hemos encontrado un modelo más razonable. Hay más equilibrio entre los distintos bienes que hay en conflicto, aunque también parece aceptarse que va a morir gente.

Se temía que los líderes populistas con tendencias autoritarias aprovecharan esta crisis para aumentar su control. Sin embargo, no parece que ha ocurrido eso. En algunos casos han restado importancia a la amenaza y han actuado con cierta negligencia.

MAM: La cultura política y familia ideológica pueden ser muy influyentes. Por mucha vocación autoritaria que tenga Trump, está vinculado a un republicanismo más o menos libertario. Luego hay una cuestión puramente posicional. Si los demócratas dicen una cosa tú dices otra y al revés. Quizá ningún país nos ha sorprendido. Lo más llamativo es el caso sueco. Suecia no es un estatalismo rigorista y dogmático. Son mucho más flexibles en su aproximación a la realidad social y muy disciplinados socialmente. Ha sido un país capaz de mantener un rumbo propio. Cosa que, por ejemplo, Johnson no hizo en Gran Bretaña. Quería ir por la vía sueca, pero tuvo que cambiar.

PS: Probablemente se haya explicitado un *trade off* que cuando analizamos ese tipo de populismo no vemos. Que es la libertad económica. Si el combate al virus no hubiera requerido confinamiento, es decir, parar la actividad económica, sino medidas de otro talante, este tipo de populismo podría haber tomado más ventaja. Pero, tal como sucedieron las cosas, iba contra una parte importante de su núcleo electoral: aquellos que están a favor de la libre actividad económica. Eso les ha hecho optar por otra vía: no voy a tomar más poderes excepcionales, sino que lo que yo defiendo es la libre actividad. Se ha terminado traduciendo en prácticamente todos los casos que hemos visto. Tal vez el caso de Hungría es el único en el que, como ya el Estado interviene en todos los planos, no le ha importado dar una vuelta de tuerca más. En estos otros contextos se ha visto de manera más explícita el que también hay una base ideológica sobre el modelo de sociedad en términos económicos

y que la primera fase del coronavirus te ponía frente a esa contradicción: tienes que cerrar la actividad económica y eso va a implicar un coste para tu base electoral.

La vacuna, esperamos, permitirá controlar la situación sanitaria. Sabemos que va a haber una crisis económica cuya magnitud es difícil de prever. Se adivinan nuevas fracturas o la intensificación de algunas anteriores.

MAM: Tendrá que ver con el impacto de la crisis. La cuestión epidémica quedará en segundo plano cuando la vacuna surta efecto, en lo que por cierto es un gran éxito de la ciencia. Va a haber una desigualdad entre los países. Los del sur de Europa, turísticos, van a sufrir un impacto mayor. También aquellos que han implementado confinamientos más duros o más largos.

PS: La crisis económica va a tener unos efectos devastadores, especialmente en economías que tienen un mercado de trabajo muy voraz, una gran volatilidad en el empleo, muy pocas empresas teletrabajan, hay un tejido de PYMES muy vulnerables, y dependen del turismo. O sea, en España tenemos el póker perfecto. Hemos tenido rebrotes antes que otras economías. También, creo, los planes de estímulo del gobierno no son suficientes o hay mucho coste administrativo aparejado a las medidas de compensación.

También hay que hablar de los efectos de la recuperación económica al interior de la población española. Por ejemplo, las mujeres son las primeras que pueden tener dificultades para contratarse en empleos a tiempo parcial. Los inmigrantes ni qué decir. Y los desempleados de más de cincuenta, un colectivo particularmente vulnerable en el contexto español, tampoco tienen un futuro prometedor.

Había un componente generacional: los más afectados en principio son gente mayor; pero también tendremos Estados más endeudados y un panorama laboral desolador.

MAM: La cuestión generacional es muy interesante. Hablamos de una juventud que ha sufrido la crisis de 2008 y sus consecuencias y ahora tiene esta. Para las personas que salen al mercado de trabajo ahora va a ser complicado y sabemos, como indican muchos estudios, que es una desventaja inicial que no se recupera.

Creo que la brecha generacional es una articulación política muy difícil. Quizá porque si sacrificas a tus votantes mayores para abrazarte a los jóvenes no salen las cuentas, porque son muchos más y votan más. Es posible que tengamos que resignarnos a que este desequilibrio no se corrija en España, a pesar de que toda la evidencia sugiere la necesidad de hacerlo.

PS: Tengo una hipótesis que todavía no puedo contrastar: más que la brecha generacional, lo que probablemente vayamos a ver es la generación joven con mayores desigualdades internas de toda la historia de España. En un contexto de revolución industrial y tecnológica, aquellos jóvenes que hayan podido seguir con los estudios con normalidad y estén capacitados van a tenerlo más fácil para salir adelante. Pero un chico de un entorno vulnerable en el que le tocan ahora estos años donde tienen que decidir si sigue estudiando o no, cuando su padre puede perder el empleo y él debe elegir si continúa formándose o empieza a trabajar para apoyar a los ingresos familiares, está en una situación muy difícil. Vamos a ver desigualdades entre generaciones, pero también intrageneracionales. Va a estar muy ligado al impacto de esta doble crisis. Es uno de los grandes problemas que tiene España y su articulación política no es una prioridad: ni por su peso electoral, ni por su peso demográfico, ni porque realmente haya alguien que haga bandera de esto.

MAM: Otra brecha importante en España y ya preocupante es entre empleo público y privado. Estamos en quince millones de empleados públicos y quince millones de trabajos privados. La generación populosa sigue jubilándose. Hay una desigualdad de quien disfruta de un trabajo estable, por poco pagado que pueda estar, que no está tan mal pagado, y quien puede perderlo o lo tiene mal pagado en el sector privado. De nuevo, es difícil articularlo políticamente. Pero ahí hay un problema que veremos en cómo se utilizan los fondos europeos. Podemos ir hacia una latinoamericanización en ese sentido de ir debilitando la productividad, el valor añadido y la calidad del empleo privado en España.

PS: Sin el Banco Central Europeo, España estaría rescatada. Mientras sigan comprando deuda en el mercado secundario y más o menos aguanten las instituciones, sobrevivimos. Políticamente aquí se ha fiado todo a los fondos que van a venir a través tanto de las transferencias directas como de la deuda. Y desde luego es un avance en términos de integración fundamental. Pero no porque nos vayan a dar dinero, porque la gente se piensa que es un maná, sino porque toda Europa se está endeudando y habrá que discutir cuando haya que pagar.

¿Qué pasa con la implementación de medidas más severas, como el confinamiento de los niños?

¿Cómo interpretar estas decisiones políticas?

PS: En España fue bárbaro. A partir del verano se comenzó a generar el clima social de que no se puede repetir el confinamiento a los menores con esas características. La sociedad presionó mucho en

términos de conciliación y educación. Ahora algunas actividades para niños se han reabierto. Todo el mundo auguraba la catástrofe y no ha pasado. Por lo tanto, creo que esto es una buena noticia. Probablemente porque en un inicio no había tanta información se pensaba que los menores eran supercontagiosos y luego se terminó constatando que no es así. Esto demuestra que existe toda esta falacia de las decisiones técnicas cuando es totalmente mentira. Es decir, hay que sopesar entre principios.

Esta mañana he escuchado un símil que me ha irritado un poco: nos hemos acostumbrado a las muertes por un virus como si estuviéramos hablando de accidentes de tráfico. Decían: “La gente entonces conducía imprudentemente, pero pusimos el cinturón y empezamos a conducir a una velocidad normal, pusimos el carné por puntos, se cambió. El nivel de control que tiene la gente sobre la conducción es mucho mayor.” En el caso del coronavirus tienes más propensión o menos a enfermarte según tu tipo de ocupación y otros factores. La capacidad que como agente posees de tomar decisiones que puedan prevenir ese contagio es mucho más limitada de lo que parece. A mí me da una sensación de que las administraciones han corrido a sacudirse la responsabilidad de encima al afirmar que todo es responsabilidad individual.

Si yo estoy trabajando de cara al público, el empresario y el Estado tienen que tomar las medidas adecuadas. Hay que ser consciente, se quiere descargar toda la responsabilidad sobre la gente para que la administración no tenga que asumir los costes de tener que tomar determinadas decisiones.

MAM: Parece que el Estado no quiere ser impopular. No quiere aplicar determinadas coerciones o lo hace disculpándose por temor a que el ciudadano lo mire mal. Es inadecuado porque me parece que el control social en el sentido benéfico de la expresión resulta imposible sin un cierto grado de autoridad.

PS: Es también sesgo de visibilidad. Por ejemplo, cuando empezamos a hablar de que los jóvenes eran los responsables porque estaban fuera. Las imágenes de los jóvenes siendo irresponsables son visibles. Los contagios que ocurren en un local comercial no son visibles. Entonces hay un sesgo hacia lo que podemos ver, tocar, percibir, identificar. No es exactamente una estigmatización, pero es buscar una causa que se pueda identificar de manera fácil.

La administración opta por lo más barato y por lo más visible. Que parezca que estoy haciendo algo, pero no tan severo como para causar demasiados costes.

En sus libros, Pablo habla del papel de los organismos internacionales y Manuel coincide en ese componente que supera

a los países, incluso de la idea de una amenaza a la humanidad entera.

MAM: Hablaba de utilizar un poco de sentido común, de la especie como animal biológico vulnerable para reforzar las instituciones internacionales que nos permiten luchar contra ese tipo de amenazas. No extraigo de ahí el impulso necesario para montar un gobierno mundial, ni mucho menos. Solo para ocuparnos de aquello que nos permita tener un espacio seguro en el que operar a estos efectos. Y se puede apelar también a ese sentido de especie, pero casi como lo hace Macron con la idea de una Europa que protege la soberanía europea.

Hay que valorar el hecho de que la Unión Europea ha dado un paso. Debemos ser realistas. No puedes poner de acuerdo a países con culturas y opiniones públicas tan diferentes, incluso con orientaciones políticas últimamente tan conflictivas. Hay que dar la bienvenida al discurso de control por parte de Bruselas del modo en que se utilizan las ayudas europeas —que, por otra parte, ya se realiza en la práctica—. Cuando uno tiene un derecho también asume una obligación, en este caso la obligación de gastar bien. Temo la proverbial capacidad española para dar un uso clientelar a esos fondos.

PS: No quería ser tan negativo respecto a Europa, todo lo contrario. O sea, estamos bien alineados, lo estamos haciendo bien. Aquí hay dos cosas entrelazadas. La primera es que en un contexto de hiperglobalización tenemos amenazas compartidas y por lo tanto tiene sentido buscar marcos de gobernanza que nos permitan reaccionar: pandemia, cambio climático, terrorismo internacional, flujos de inmigración. Son dinámicas que nos afectan a todos. La pandemia ha puesto de relieve que la OMS es insuficiente. Menos mal que está, pero si hubiéramos reaccionado antes la situación a nivel global no habría sido la que es. Y la Unión Europea ofrece ese marco de gobernanza desde ámbitos regionales para evitar lo que ocurrió en la primera hora, una dinámica del dilema del prisionero: cada cual cierra fronteras, acapara equipos sanitarios, carreras de locos pillando materiales defectuosos. Todo el mundo ha picado. No había existencias de materiales médicos que pudiéramos compartir a nivel global, ni unos indicadores conjuntos y compartidos a nivel europeo. En el tema de la vacuna algo se está aprendiendo: se quieren establecer algunos parámetros comunes para la vacunación. Y eso es positivo porque nuestros destinos están ligados. Cuanto antes se recuperen Francia, Alemania e Italia estaremos mejor en Europa. Por lo tanto, hay que plantear esos parámetros: una solución armonizada, entendiendo que los Estados van a seguir teniendo un papel importante, y no olvidarnos también de los Estados que no están en la ecuación: los países en vías de desarrollo. A un lado del Mediterráneo, que también es muy importante, hay otras pandemias, siguen golpeando

y eso tiene impacto sobre sus vidas y sobre nosotros. Es una situación bifronte. El Estado nunca se fue, cobra importancia, y a la vez por sí solo no es capaz de trascender el ámbito donde siguen estando las principales amenazas. Llevamos treinta años hablando de eso.

MAM: Todas esas políticas, como demostró la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París, requieren un enfoque precisamente estatal, más que gubernamental. Es decir que, si se sujeta al cortoplacismo electoral, no hay mucha esperanza de que puedan consolidarse estrategias regionales.

Como dices, la inmigración no afecta solamente a los inmigrantes que salen de sus países de origen. Desestabilizan también internamente las sociedades a las que llegan. Se imponen pactos de Estados que por desgracia en nuestra situación no son fáciles de alcanzar.

Sobre la OMS, hay una paradoja. Cuando un riesgo se materializa es muy visible, pero todos los riesgos que prevenimos eficazmente no los vemos. No tienen premio político ni beneficio. La idea de que estamos en una sociedad de riesgo es un poco injusta. Nuestra sociedad controla muchos riesgos de manera bastante razonable, pero eliminar el riesgo es imposible.

Una novedad es que esta es la primera pandemia que tiene lugar con las redes sociales a pleno rendimiento. Eso ha tenido efectos positivos y negativos. Por una parte tienes la dramatización, pero también la posibilidad de intercambiar juicios e información, que ha sido muy saludable.

Pablo habla de infodemia y Manuel señala que las principales fuentes de intoxicación siguen siendo las clásicas: los gobiernos, los medios.

MAM: En lo que llamamos desinformación todavía tiene más fuerza lo que dicen los gobiernos. Las *fake news* han tenido un papel más bien irrelevante, no han provocado efectos masivos, ni grandes interrupciones de la cadena de mando ni nada por el estilo. Es una fantasía periodística. Hay que combatirlo. Pero no creo que haya sido demasiado significativo. Que un presidente diga que se ha derrotado al virus tiene más efecto que lo que diga un tuitero desde su casa.

PS: Es un sesgo de atención. Tener a tanto periodista y político en las redes sociales les hace creer que el mundo se vincula a través de ellas y sobrevalorar el tipo de amenaza que supone que haya determinadas informaciones que sabemos que se dispararon durante la pandemia. Pero la gente, cuando comenzó a tener más impacto en su país el coronavirus, volvió a los canales oficiales. Al final buscas un principio de certidumbre. A efectos prácticos, nadie ha incurrido en un comportamiento que haya sido peligroso para su propia salud cuando ya empieza a haber parámetros claros desde las autoridades.

Hay controversias, pero es parte del juego. Los gobiernos están muy obsesionados con esta cuestión, porque es el único vector que ellos tienen la impresión de que no controlan del todo. Dicen que a lo mejor estaría bien regularlo, ignorando que dinámicas como la polarización o la desinformación a lo mejor tienen más que ver con cambios estructurales, como la desintermediación de la política o los efectos de la crisis económica.

Hemos vertido un montón de interpretaciones sobre el virus.

PS: Lo curioso es que nadie se plantea que el virus haya sido una enmienda a la totalidad de su propio pensamiento. Siempre ha servido para reafirmar lo que pensaban antes. “Yo creía que el capitalismo iba a colapsar y mira; me preocupaba el problema medioambiental y el planeta se venga.” En el fondo el virus ha servido como catalizador a nivel universal que demuestra una falta de proyectos. Estamos en un contexto en el que faltan cosmovisiones emancipadoras. Un virus además muestra que somos seres vivos, morimos. Aceptar eso es terrible para muchos: simplemente hay una pandemia y no hay moraleja. Determinados sectores no son capaces de interiorizar y tratan rápidamente de ver un refuerzo a sus ideas previas.

MAM: Con la cosmovisión pasa lo mismo que con las carreteras. La emancipación ya ha avanzado mucho. Los cambios son muy incrementales y es difícil entusiasmar. La crisis muestra ese agotamiento. También está el mercado de las ideas: tú tienes un paradigma y lo aplicas a lo que venga. Las reacciones han sido previsibles, ha sido un debate aburrido aunque intenso. Nos hemos parado dos meses. Eso es distinto a pensar que hemos creado un modelo social nuevo.

Hacia el final de sus libros, Pablo menciona lo que podemos aprender, mientras que Manuel hace una especie de breve manifiesto por una ilustración pesimista.

MAM: Para mí hay dos lecciones principales. Por una parte, la incapacidad para prever los acontecimientos. Hay factores sociales que no podemos medir y a fin de cuentas van a pasar cosas que van a sorprender y esto tenemos que asumirlo. Y en segundo lugar confirma la necesidad de organizar de manera sostenida las relaciones sionaturales. Una pandemia no es lo mismo que el cambio climático o la sostenibilidad, aunque haya conexión. De ahí saco un corolario. Cuando Kant proclama el comienzo de la Ilustración, dice que estamos en una era de ilustración, pero no estamos en una era ilustrada. Eso tarda en llegar. Este mensaje digamos que se deforma un poco en el XIX, un siglo optimista, que coincide con una etapa de transformación material y social que en el siglo XX colapsa. Entonces vamos

a la teología negativa de la Escuela de Frankfurt, al gran pesimismo. Y esto lleva a su vez a una posmodernidad que es una especie de introspección lúdica. Y entonces llega el siglo XXI. Es un siglo que percibimos como catastrófico a partir de 2001, sin razón para ello, porque evidentemente ha sido accidentado, pero comparado con el siglo anterior está muy lejos de ser terrible. Pero se han dañado las expectativas generadas durante la última década del siglo XX. Creo que nuestra época exige un diagnóstico propio. La modernidad reflexiva de Beck es útil: la modernidad enfrentada a los efectos no deseados de su propio desenvolvimiento. Y a mí me sirve para plantear la idea de una Ilustración pesimista, que asume que la razón es imperfecta, que habrá accidentes y contratiempos.

No se refugia en el juego sino que convive con su propio desengaño; no abandona el ideal emancipatorio sino que asume la dificultad de impulsarlo una vez que una gran parte de la modernidad, digamos, se ha desarrollado. Por tanto, es una llamada también a ver el futuro como un lugar de moderada satisfacción de los ideales humanos y no como el lugar en el cual todo necesariamente ha de ser un desastre, esa idea distópica que sustituye la idea utópica de la modernidad y que en el fondo son dos exageraciones. Parece que nos cuesta este salto hacia la moderación, hacia el matiz. Estamos siempre en este pensamiento binario, dicotómico que yo llamo a superar.

PS: Escribí el libro en el momento del confinamiento, en una situación en la que todo parecía terrible y al mismo tiempo gozaba de las mayores dosis de desarrollo humano que hemos tenido en toda nuestra historia. Es un tropezón que tiene un coste que ya está constatado en términos de pérdidas de vidas humanas, de empleo, de desarrollo económico y social. Sería deseable estar equipados para pandemias del futuro. Creo que las habrá.

Y luego también se trata de entender un poco más cómo se transformaron las dinámicas humanas a raíz de que vivimos el mayor experimento social de la historia: un proceso de confinamiento a nivel global, con efectos en todos los planos del ser humano –moral, económico, político–, y tratar de extraer ciertas lecciones que probablemente hablen más de nosotros que del propio virus. Es decir: si nuestra sociedad está dispuesta a asumir determinados costes, si empezamos a cuantificar qué tipo de amenazas pueden hacernos renunciar a derechos fundamentales y qué tipo de desigualdades aceptamos. Esto va a tener un impacto. La pandemia no será un antes y un después, pero sí un hito. —

DANIEL GASCÓN es escritor, columnista en *El País* y editor de *Letras Libres* (España). En 2020 publicó *Un hipster en la España vacía* (Literatura Random House).